

Queridos hermanos sacerdotes, miembros del cabildo catedral; queridos hermanos y hermanas,

Toda la liturgia de la noche gloriosa que ayer vivimos, de este Domingo de resurrección, de todo el tiempo pascual y de todo el tiempo de la Iglesia hasta la segunda venida del Señor, está impregnada en la certeza de que Cristo ha resucitado! Que Cristo vive glorioso! Que no es un personaje del lejano pasado que fue ajusticiado injustamente, murió en la cruz, fue sepultado y ahí todo acabó.

Nuestra fe se pone en pie en este día y cada día de nuestra vida, aquí en la tierra, para proclamar nuestra esperanza en Cristo, vencedor de la muerte. La aspersion del agua, bendecida anoche durante la Vigilia pascual, con la que hemos iniciado esta Santa Eucaristía, actualiza nuestro bautismo; y así, hemos renovado nuestra adhesión a Cristo por la fe, mediante las promesas bautismales. El bautismo es un nuevo nacimiento a la vida nueva en el Señor resucitado. En el *"Aleluya"* solemne hemos proclamado la certeza, la esperanza y la alegría de la resurrección de Cristo. La celebración de la Eucaristía nos devolverá, en el sacramento, la presencia gozosa del Señor resucitado.

En el evangelio que proclamamos anoche durante la Vigilia, me llamaron poderosamente la atención las palabras del Ángel, que anunció la resurrección a las mujeres: *"Por qué buscáis entre los muertos al que vive?"* (Lc 24, 1-12) Pido al Señor, en este día y siempre, que este anuncio del Ángel resuene muy adentro en mi corazón y en el vuestro. *"Por qué buscamos entre los muertos?...."*

El peso de la muerte, de nuestra propia muerte, de la muerte de nuestros seres queridos es como esa losa que colocaron en el sepulcro de Cristo; nos oprime; no nos deja salida... y nos agarramos a la fe, como la roca sobre la cual seguir construyendo: *"Porque aún no habían entendido la Escritura que era necesario que Él resucitase de entre los muertos"*, hemos proclamado en el evangelio de hoy. Si, según las Escrituras, es muy claro que, después del pecado original y los pecados personales, debemos morir, también es muy claro, según la Escrituras, que vendrá Uno, que vencerá a la muerte, resucitará de entre los muertos, como primicia de todos los demás.

"Os anunciamos la Buena Nueva de que la promesa hecha a los Padres, Dios la cumplió en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús" (Hch 13, 32-33). *"La promesa hecha a los Padres"*. La resurrección de Cristo está en el centro de la promesa de Dios de enviarnos al Salvador. Así lo proclamó el Apóstol Pablo en los inicios de la Iglesia y su anuncio llega hasta nosotros con particular fuerza esta noche.

La resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída, vivida y testificada por el martirio, en muchísimos casos, por los primeros cristianos y los cristianos de todos los tiempos: vivida como verdad central; transmitida como fundamental por la gran Tradición; establecida en los documentos del Nuevo Testamento; predicada como parte esencial del Misterio Pascual al mismo tiempo que la Cruz. Como dice un himno de la liturgia bizantina; *"Cristo resucitó de entre los muertos; con su muerte venció a la muerte; a los muertos ha dado vida"*. Verdad culminante, central, fundamental, esencial...

Que el Señor nos aumente la fe, la esperanza y el amor hacia El para caminar serenos por esta vida y alcanzar, con El y en El, la vida eterna y la resurrección.